

## FINALISTA ESTATAL



### SIN TÍTULO

**Santiago Tolosa Álvarez (Extremadura)**

Sonaban las campanas de la iglesia de San Telmo, las huestes enemigas marchaban de la ciudad del Imperio, el planeta de las ciencias, o también llamado Toledo.

Era una gran localidad llena de castillos, monasterios, escuelas, teatros...

Corría el siglo de las artes, de las letras, del saber...

Era una época dorada, de lujos y botines. Pero también la pasada guerra dejaba grandes huecos en las vidas de los ciudadanos del lugar.

Poco afectado por las catástrofes y contento por los logros obtenidos tras la lucha, un joven pintor de la ciudad se pasaba horas y horas en las calles de Toledo, observando lugares que le servirían para sus obras.

Era un joven robusto, de cabellos negros, cuyos ojos verdes daban a su rostro moreno un toque de alegría.

Interesado por el arte de la ciudad, reflejaba felicidad, un comportamiento excéntrico, además de admirar las juergas y fiestas.

Sus cuadros eran muy conocidos por las altas autoridades y personas apoderadas. El proletariado le llamaba "el pintor de la corte", pero él prefería que fuera llamado "el Greco".

El joven solía pasar las tardes de verano en la villa del Conde de Orgaz, su mejor amigo. El conde era un señor preocupado por la pasada situación de la ciudad imperial. Recogía a los niños huérfanos de la basura y escombros y los acogía en su casa hasta encontrarles una familia o trabajo.

El Greco dejó poco a poco de pintar grandes obras, tan sólo plasmaba retratos, posteriormente vendidos al Conde de Orgaz.

Durante meses y meses fue abandonando su talento, el mundo del arte y los pinceles.

Una noche tan fría como la luna de enero, el señor de Orgaz avisó al joven pintor para que fuera a su casa: un tema importante estaba quitándole el sueño.

El chico paseó lentamente por las avenidas de la ciudad, saludando a los monjes y dando algunas monedas a los desfavorecidos.

Al llegar a la casa de su viejo amigo, se topó con el Marqués de la Oliva en la biblioteca de la mansión. El Greco pensaba y se temía que ese viejo ricachón, malhumorado y empedernido le haría una trampa a Orgaz. Que el marqués estuviera allí le hacía pensar que su guardia estaría realizando algún acto extraño y el Conde no aparecía.

Mirando disimuladamente, el chico vio una carta posada sobre dos libros. Se temía lo peor, sus manos sudaban y sudaban, su cabeza daba mil volteretas, su corazón latía desmesuradamente...

De repente, el Marqués de Oliva se despidió un tanto frío del pintor y se apresuró a tomar un carro dirección a Francia.

Minutos más tarde corría por todos los pasadizos de la casa buscando al Conde. Pero no lo encontraba. Se pasó un rato buscándolo, pero no lo encontró.

Un estruendo le hizo correr a toda pastilla a los patios traseros. El Conde yacía muerto en el suelo, herido de un tiroteo. El Marqués lo había matado. El Greco lloró de pena y se dirigió a la biblioteca de la casa. De pronto se dio cuenta de que la carta no estaba abierta. Sentado, junto a la chimenea, la leyó tranquilamente. La carta contaba que el Conde había heredado la fortuna del trono de Francia y que iba a marcharse a convertirse en delfín. Le pedía que le acompañara a Francia siempre y cuando hubiera cumplido un deseo suyo.

El Greco se quedó solo en la ciudad, sin dinero, sin amigos, tan sólo un talento al que tenía que sacar fruto.

El joven se dirigió a su estudio en la iglesia de San Telmo, quitó el polvo a su caballete y lavó los pinceles. Durante un año pintó el cuadro que le hizo destacar en el mundo de las artes: "El entierro del Conde de Orgaz". Con una sonrisa y unas lágrimas de emoción, el chico, ya hecho un señor de los pies a la cabeza, empezó a pintar todos los rincones de Toledo y así cumplir el último deseo del Conde: reflejar la belleza de Toledo.